

"Poesía" de Carlos René Correa



Con el auspicio del Ministerio de Educación, nacida de aparecer esta última obra del poeta Carlos René Correa, presidente, desde su fundación, hace más de veinte años, del "Grupo Fuego de la Poesía" de Santiago.

Carlos René, entusiasta de nacimiento, ha pasado la mayor parte de su existencia en la capital, desarrollando una activa labor literaria al servicio de nuestra cultura. Al respecto, es digno de destacarse su calidad de actual Director de la Casa de la Cultura de Nubea, en donde diariamente el público de dicha comuna tiene la oportunidad de gozar de todas y cada una de las mejores manifestaciones artísticas creadas y cultivadas en ese medio.

Este libro de Carlos René Correa contiene la mayor parte de su producción poética, es más bien una especie de antología personal que abarca poemas escritos desde 1936, "Caminos de soledad", hasta 1968, "El herbol y sus voces", fundado, pasando por "Gris", "Curnito y Cuscido", "Tierras de Curicó", "Significación de las cosas", etc.

En general, los poemas de Carlos René Correa se insertan dentro de la mejor poesía tradicional; no tiene pretensiones impavidoras ni tampoco su lenguaje es oscuro, complicado. En el todo es transparente, sencillo, pero profundamente emotivo. La maternidad y sus elementos, en especial la luz, el árbol, la luna y el río tienen gran importancia en su obra. La ciudad, a pesar de vivir él tanto años en Santiago, aparece muy pocas veces, y cuando aparece es con connotaciones evidentes, negativas: "calles endurecidas por la fatiga / de hombres y mujeres que agonizan". En efecto, al parecer, para él la ciudad es símbolo de muerte, de agonía diaria para todos los seres que en ella habitan; de ahí que, entre otros monumentos, la torre de San Francisco en la Alameda, conserve en sus patadas y en el toque de sus campanas, la auténtica vida pasada, esa vida con olor a campo, a naturaleza aún virgen, en medio de una ciudad monstruosa e indiferente: "La ciudad sigue girando / y no sabe de la miseria / que se cue de la tierra / con el beso de la luna".

Por eso no es casual que Carlos René sea más representativo del aspecto lucido de lo que los pastores, uno de los tipos humanos tutela vida rural: "El pastor tiene palabras / para todas las estrellas". Este pastor-poeta, efectivamente tiene palabras, mil claves, palabras, para todas las estrellas y para cada una de las cosas que existen en torno a él y que constituyen su propia vida,

la única vida verdadera; allí está el río, el árbol, la luna, los caminos, evocando esas significativas imágenes con un manifiesto deseo de nostalgia, soledad e incluso pessimismo, como veremos a continuación.

El poeta nunca ha pedido olvido ni tristeza, su aldea natal, Rancagua, en la provincia de Curicó: "Por los caminos tercos / cincuenta años que se van, / cuatro rutas que me llevan, / un viejo y un alzán, / En esas calles de piedra / nacida las podré olvidar". Aún más, se considera un desterrado de su propio territorio y en alguna ocasión espera volver a visitarlo; entonces "navegaré des de mi destierro / a la lluvia lenta de un agua subterránea".

Pero su vida, más de la mitad de ella, ya ha pasado, es como una "noche de río que no retorna", "porque mi tiempo es grueso de sal / caído en tu oceano".

La esperanza, en consecuencia, la única esperanza verdadera, está representada por el hijo, "pan de trigo / cocido con mi leña". Sin embargo, no podrá evitar la presencia constante de la muerte: "se detienen mis ojos / en un árbol encendido" y lo pensado en la muerte / para que viva el hijo". Llega de este modo a un pessimismo frente a la vida, que no trata de acuitar, "que no sepa el hijo / que la vida es vaca", porque "la muerte pide venir / sin que lo sepa, hermano". Incluso él mismo siente que "se pierden mis días". Lo más patético está en tregando en las imágenes referidas a su propio rostro "edificado como un casijo / en medi de la bruma". Y hasta siente vergüenza de él mismo: "No puedo aclar el rostro / tan careconijo, / Me da pena lo mío, desembriarla su fatiga, / mis ojos de ceniza". Evidentemente se trata del rostro en tanto reflejo y símbolo de una vida vacía, vacía, lejos de la campiña sureña que ha quedado atrás para siempre.

Está es la evolución temática que hemos podido captar a lo largo de la obra: primero el sentimiento predominante es la soledad y el intento de resaltar para la memoria la época colonial de nuestro gran Santiago, vida ya ida, pero sobreviviendo aún en cada uno de los monumentos y construcciones ante los ojos del poeta; es más, hay momentos en que el poeta, impulsado por un profundo y sincero sentimiento religioso, da gracias al Creador por todo lo que le ha dado. Sin embargo, luego, y a medida que llegamos a los versos finales, es decir, los más recientes, los de 1968, observamos una aparente contradicción, que no es tal, sino una evolución, un oscurecimiento mayor de su visión del mundo y de las cosas que lleva con la madurez; empiezan, entonces, las justificaciones, el cuestionamiento de la vida, llega no a estimarse él mismo como una "existencia que indaga por su ser / y navega solitaria hacia la muerte".

Así hemos observado en estas breves líneas una mínima parte del mundo poético de Carlos René Correa entregado a través de sus obras. Todavía queda mucho por decir, pero por ahora, basta.

LUIS AGONI MOLINA
"ATENEO OSCAR CASTRO" Ramón Gómez de la Serna

Poesía" de Carlos René Correa [artículo] Luis Agoni Molina.

Libros y documentos

AUTORÍA

Agoni Molina, Luis, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Poesía" de Carlos René Correa [artículo] Luis Agoni Molina. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa